

La escopeta

Un hombre sale a cazar y, decidido, apunta su escopeta a un pájaro extraño. Sin embargo, lo que se dispara es un suceso que cambia su vida: acunado por el canto del ave, se entrega a un dulce sueño para despertarse en una pesadilla.

Avanzó entre los naranjos. El sol caía con tanta fuerza que le obligaba a entrecerrar los ojos. La paloma saltó entonces de una rama a otra, y a otra, y se perdió por entre el follaje bien alto. Con la escopeta levantada, Matías se acercó hasta el tronco del árbol. Pero por más que examinó hoja por hoja, no pudo dar con la paloma. Extrañado, se rascó la nuca.

De pronto, sobre su cabeza sintió un ruido. Volvió a fijarse. Arrebujado* entre unas ramas, había un pájaro. No era su paloma; era un pájaro de un color entre azulado y ceniciento*. Con cuidado, Matías apoyó el arma en el hombro y levantó el gatillo.

“Ya que no es la paloma”, se dijo, “no me voy a volver a la casa con las manos vacías”.

Pero en ese instante, el pájaro saltó a una horqueta*, sacudió las alas e hinchando la gola* se puso a cantar.

Matías, que ya había llegado al primer descanso, abandonó el gatillo y escuchó. “Que extraño”, se dijo. “Jamás he escuchado cantar a un pájaro como este”.

El trino, en el redondel de la siesta, subía como un árbol dorado y rumoroso. A Matías le pareció que más que el canto del pájaro, lo que se desgranaba eran las escamas amodorradas* de la siesta misma. Y le comenzó a entrar un sopor dulce, unas ganas de abandonarse a los recuerdos de los tiempos felices y de no hacer nada más que escuchar el canto del pájaro que seguía subiendo, esta vez como un perfume agrídulce y verde.

Para escuchar mejor, dejó caer la escopeta a un lado y, arrastrando los pies, se acercó al árbol para apoyarse en el tronco. El pájaro había desaparecido, pero su canto continuaba en el aire. Y no pudo sustraerse a la tentación de mirar al cielo y levantó los ojos. Allá arriba, entre unas nubes ociosas que defleocaban gigantescas flores de cardo, dos grandes pájaros negros volaban en lánguidos* círculos inmensos. Matías, entonces, no supo distinguir si la dulzura que sentía venía del canto de aquel pájaro o de las nubes que se desvanecían como borrachas a lo lejos.

Arrebujado: Bien cubierto (en general, con mantas u otra prenda).

Ceniciento: Del color de la ceniza.

Horqueta: Parte del árbol donde el tronco y una rama forman un ángulo agudo.

Gola: Garganta.

Amodorrado: Adormecido.

Lánguido: Débil, sin energía.



El canto, entonces, se acabó de improviso. Los pájaros y las nubes desaparecieron y él volvió en sí.

“Me estoy volviendo muy abriboca*”, se dijo mientras sacudía la cabeza.

Buscó la escopeta, pero no la encontró donde creía haberla dejado. Caminó más allá, volvió más acá, pero el arma había desaparecido.

—¡Esto me pasa por tonto! —gritó en voz alta.

Y todo lo que hizo después fue en vano. Al cabo de una hora, ya cansado, se dijo:

“Me iré a la casa a buscar a mi muchacho. Entre los dos la vamos a encontrar más ligero. No puedo perder así un arma tan hermosa”.

Y se lanzó cortando el campo hasta alcanzar el callejón.

Al entrar al pueblo fue cuando comenzó a sentir algo raro. Estaba como desorientado: echaba de menos algunos edificios y otros le parecía que nunca en su vida los había visto. A medida que avanzaba, la sensación iba en aumento. Y al llegar a su casa, el miedo le sopló en la cara un presentimiento vago, pero terrible.

Penetró en el zaguán. En el patio, cuatro chicos jugaban y cantaban. Al verlo, se desbandaron gritando:

—¡El Viejo...! ¡El Viejo...!

Una mujer salió de una habitación sacudiéndose las hilachas de la falda.

Abriboca: Persona que suele estar muy distraída.

Matías balbuceó con un hilo de voz:

—¿Quién es usted...? Yo busco a Leandro...

La mujer lo miró largamente y frunció el entrecejo.

—¿Qué dice, buen hombre? —dijo.

—Busco a Leandro —tartamudeó Matías—. A mi hijo Leandro... Esta es mi casa.

—¿Su casa? —dijo la mujer.

—¡Sí! ¡Mi casa! —gritó Matías—. La casa de Matías Fernández.

La mujer hizo un gesto de extrañeza.

—Era... —dijo sonriendo con tristeza—. Nosotros la compramos hace veinte años cuando desapareció don Matías y todos sus hijos se fueron de este pueblo.

—¡Qué! —gritó Matías, levantando las manos como para defenderse.

—Sí... —asintió la mujer, temerosa.

Entonces, Matías se fijó en sus manos y se dio cuenta de que estaban arrugadas, muy arrugadas y trémulas*, como las de un hombre muy viejo. Y huyó despavorido dando un grito.

JULIO ARDILES GRAY, EN CUENTOS AMABLES, NOBLES Y MEMORABLES,
SAN MIGUEL DE TUCUMÁN, EDICIONES DEL CARDÓN, 1964.

Julio Ardiles Gray



Periodista y escritor argentino. Nació en la localidad tucumana de Monteros, en 1922. Fue uno de los iniciadores del movimiento cultural La Carpa, que, en la década de 1940, nucleó a grandes poetas del Noroeste argentino. Si bien incursionó tanto en la poesía como en el teatro, el reconocimiento le llegó por su obra narrativa. Esta incluye, entre otros títulos, *La grieta* (1952), *El inocente* (1964) y *Vecinos y parientes* (1970). Murió en Buenos Aires, en 2009.

Trémulo: Que tiembla.

Actividades

- **Conversen** en grupos a partir de estas preguntas: ¿cuáles son los elementos del relato semejantes al mundo en que vivimos? ¿Cuál es el hecho insólito que tiene lugar? ¿Cómo nos damos cuenta de que ese hecho ha ocurrido? ¿Cómo se siente el protagonista?
- **Propongan** posibles explicaciones acerca del hecho insólito narrado en el cuento.